

minado por la insurrección, al grado que casi no hay pueblo que no haya puesto en armas su partida; que don Juan de la Garza se ha levantado ó está pronto á levantarse en Tamaulipas; que Gordiano Guzmán, el viejo insurgente, ha sido fusilado, y que Santa Anna se lava las manos y declara que no es el autor de la atroz represalia; que los Villalvas dan cada día más que hacer al gobierno, y en fin, que estamos, como quien dice, sentados sobre un volcán próximo á hacer explosión.

Se habla de una disposición espantosa, que asombraría al propio Calleja y daría celos al acreditado cura Chicharronero: se ordena que *todo pueblo que se manifieste rebelde contra el supremo Gobierno, debe ser incendiado, y todo cabecilla ó individuo que se recoja con las armas en la mano, debe ser fusilado.*

En virtud de esta inicua ley, han sido muertos más de quinientos individuos á sangre fría, y sin que valgan súplicas ni ruegos ante el Presidente, que contesta invariablemente á las peticiones, que si no se trata de delitos de *conspiración y deslealtad*, puede hacerse gracia.

Y como en este bendito régimen las carnicerías á la oriental van siempre acompañadas de la nota cómica á la Lilibut, con la misma mano con que Santa Anna dicta órdenes de matanza y de ejecuciones capitales, da las gracias á nombre de la nación al conde de la Cortina por haberle regalado un manto de la Orden de Guadalupe y



un chaleco de casimir blanco al estilo de los que se exhiben ahora en Londres...

No quiero ocultarle, mi querido Juan, que en efecto, hay noticias graves de su tierra. Aurelio Luis Gallardo, el poeta paisano de usted que hace versos tan lindos y

sabe leerlos tan admirablemente, está aquí ahora, y me ha contado toda una odisea.

La niña Torres Lares, obligada á casarse con un patán, prefirió meterse monja y se halla á la hora de ésta como profesa en Santa Mónica. El bueno de Aurelio me pintaba con un calor y un color que me impresionaron enormemente, la toma de velo, la sensación tristísima de todos los amigos de usted al ver que caían al filo de la tijera los rizos castaños que á manera de casco cubrían aquella cabeza, la palidez de cirio de la pobre niña, hoy muerta para el mundo, y el simpático aspecto que presenta con las tocas y el sayal.

Es caso tristísimo, amigo mío, y el remedio único consiste en la resignación de usted. Usted, pobre aventurero, covachuelista hoy, revolucionario al día siguiente, siempre sin asiento, siempre á salto de mata, no tenía derecho á pensar en vida quieta y tranquila durante muchos años. Paciencia y barajar.

Muy de veras le acompaña en su dolor

ANARDA.

Del mismo á la misma.

Acapulco, á 30 de Abril de 1854.

Muy distinguida señora: algo hay por aquí que ha producido más pavor que los incendios de pueblos, que



Don Nicolás Bravo

los fusilamientos en masa y que las represalias sangrientas: la muerte del insigne Bravo.

Don Nicolás, como usted sabe, desde que se retiró el año cuarenta y cinco, desilusionado de la política santanista, vivía enfermo y lleno de mortificaciones en su pueblo natal, Chilpancingo.

El día que el dictador entró á esa ciudad, sin bajarse de la litera se encaminó directamente á la casa del héroe, quien le recibió en cama y permaneció, obra de dos horas, hablando con el más ilustre y magnánimo de los mexicanos.

Se dice que le exigió lo acompañara en la expedición; que Bravo se rehusó por no añadir el prestigio de su nombre á una causa perdida y antipática; que se negó también á firmar una proclama que corrió con su nombre y que Santa Anna llevaba manuscrita, excitando á los pueblos del sur á dejar la revolución, y que el Presidente, fingiendo separarse del grande hombre con mucha armonía, le dejó un médico militar para que atendiera la salud del veterano.

Hace pocos días que el General, cuyo estado no era precisamente desesperado, amaneció muerto, y el mismo día, sin enfermedad anterior, la esposa del jefe, doña Antonina Guevara.

Parece que cuando la señora vió la gravedad de don Nicolás, se espantó, atribuyó el caso á la bebida que

tomaba el señor en unos pocillos, probó uno y á las pocas horas murió, en medio de espantosos dolores.

El señor Alvarez, según aquí se dice, tiene preso en la isla de los Caballos al médico Avilés, y si resulta culpado en la averiguación que se levante, pagará con la vida el crimen inaudito de haber muerto á traición al mayor caudillo independiente que nos quedaba.

A los pies de usted, señora.

JUAN PÉREZ DE LA LLANA.

De la misma al mismo.

México, á 18 de Junio de 1854.

Amigo mío muy estimado: ¿quién me hubiera dicho, cuando escribía á usted mi carta en que tan entusiasta me manifestaba por la pugna entre las dos compañías de ópera, que pronto tendría que darle una terrible noticia?: Enriqueta Sontag ha muerto.

Ya dije á usted cómo el Gobierno, considerando que dañaba á su crédito el que se supiera había cólera por aquí, ordenó que no se mencionara la palabra, creyendo que con esto dejaba de existir la epidemia.

El cólera, *chólera morbus* ó *viajero del Ganges*, como le llaman los periódicos y la gente fina, sin hacer caso de las disposiciones gubernativas, con que se hizo acreedor á

que se le juzgara conforme á la ley de conspiradores, siguió ejerciendo su empleo á ciencia y paciencia del Gobierno, eficazmente ayudado por las zanjas fétidas, las atarjeas azolvadas, las casas sucias y mal distribuídas y el aire mefítico y asqueroso.

Varios miembros de la compañía de ópera habían caído ya enfermos ó habían muerto; pero cuando el horror llegó á su colmo fué hace una semana, que se supo estaba enferma la divina Enriqueta.

El día anterior le habíamos ofrecido varias señoras un almuerzo en Tlalpam, en la fonda que en la casa de los Gallos tienen establecida Michaud y C.^a. Estuvo tan deliciosamente espiritual, tan ingeniosa y tan sencilla la hermosa y sentimental mujer, que todas cuantas asistimos quedamos prendadas de ella y convinimos en que era tan graciosa en el teatro como en sociedad.

Cuando volvíamos se quejó de un violento dolor de cabeza: sus manos ardían, tenía la lengua seca, la mirada extraviada, las mejillas rojas. Creíamos que todo sería efecto de la fatiga del día; pero nos equivocamos: el inmediato amaneció peor, agravóse los siguientes, y por fin el viernes pasado recibió los sacramentos.

Nunca me olvidaré de aquella hora verdaderamente trágica: ante mis ojos, velados por las lágrimas, se confundían religiones, estandartes, capuchas blancas y azules, pies calzados y descalzos, mantillas de damas y fracs de

caballeros, y de todo aquel aparato fúnebre no se exhalaba sino la idea de la muerte y del dolor.

La enferma, de ojos azules, blanca y rubia como una visión ideal, al oír la campanilla que resonaba convocando á la piedad y al recogimiento, y el *Corpus Domini nostri Jesuchristi ad animam tuam in vitam aeternam amen*, que articuló lentamente el sacerdote, alzó la cabeza y recibió el Cuerpo divino en forma de hostia cándida.

Los vómitos, que habían permanecido incoercibles, cesaron como por encanto, y la condesa volvió á caer en el mismo abatimiento.

A poco el Provincial de San Francisco, sacando la ampolleta con los santos óleos, ungió los ojos por lo que habían escandalizado, las manos por lo que habían tocado, los pies por lo que habían pisado, la boca por lo que había dicho, el pecho por lo que había tramado con mala intención, y la comitiva salió de la casa triste y abatida como había entrado.

Allá se alejaron cofradías, corporaciones y particulares tristes y cabizbajos, llevando al Señor en su estufa dorada y rodeado de candelas encendidas que semejaban, en el regazo obscuro de la noche, estrellas que se hubieran volcado sobre la tierra y caminaran con órbitas caprichosas y extraviadas.

A poco empezó la agitación de la enferma. Nuevas bascas, nuevos calambres, extravío y delirio. Al ama-

necer del sábado murió aquella mujer extraordinaria, que alcanzó el ápice de la gloria y el genio humanos.

Al día siguiente introdujeron en la caja el cadáver, que con sus manos enclavijadas, su cabellera rubia y su tez acerada, era todavía un hermoso despojo.

Ministros extranjeros, funcionarios, diplomáticos, generales, periodistas, oradores, literatos, músicos y artistas condujeron hasta S. Fernando á lo que quedaba de aquella singular artista, que como fugaz visión pasó frente á nosotros dándonos idea de las sublimidades celestiales.

Quizá sintió ella próximo su fin, cuando en Otelo nos hizo derramar lágrimas cantando la plegaria de la triste Desdémona:

Assisa al pie d'un salice.

También Pozzolini y muchos individuos de las dos compañías están enfermos. ¿Cuándo nos tocará á nosotros? Le desea todo bien, quien bien le quiere.

ANARDA.

De la misma al mismo.

México, 30 de Septiembre de 1854.

Amigo mío muy estimado: esta situación se desmorona sin remedio; pero se deshace en medio de una convulsión de risa unánime. No es el desenlace de una tragedia, sino

la conclusión de un sainete, aunque de vez en cuando el tal sainete tenga momentos terroríficos. Es Pierrot que se empapa las manos en sangre.

Nos encontramos ahora en plena cuestión de la casaca. ¿No sabe usted qué casaca es esa?

Pues voy á explicárselo.

El aniversario de la entrada del ejército trigarante



debió celebrarse con boato y primor nunca vistos: simulacro de la entrada de las tropas de Iturbide, desfile de la guarnición ante S. A. S., iluminación general y baile en la lonja.

La suerte se encargó de echar á perder tantos preparativos. A eso de las dos de la tarde cayó un aguacero que inundó las calles como no se veían desde los tiempos coloniales. Las tropas, que regresaban desde Chapultepec, tuvieron que vadear verdaderos ríos; los granaderos de la

guardia, vestidos con sus brillantes uniformes, tenían que meterse hasta las rodillas y apoyarse en los fusiles para pasar el arroyo que se forma frente al portal de Mercaderes: oficiales y soldados quedaron en el más triste y deplorable estado.

La iluminación no fué tan lucida como se esperaba; pero cuando todo el mundo creía desquitarse con el baile, se encontró con la puerta cerrada. Trajes de crespón, de organdí y de gro; plumas, flores, alhajas, guantes y listones volvieron como habían ido, ó mustios, lacios y arrugados: no había baile á causa de una indisposición de S. A. S.

Pero la misma noche empezó á vislumbrarse el verdadero motivo. Santa Anna, que, como se sabe, gusta de rodearse de todo lo que pueda hacerle honor y formarle séquito, dispuso la asistencia del cuerpo diplomático vestido de uniforme; el cuerpo diplomático no quiso aceptar la determinación; nuestro Metternich, el gran Bonilla; se atufó, y en una serie de reuniones, que mal año para el congreso de Berlín, acabó por declarar que no asistiría al baile.

El ministro de los Estados Unidos, con una ironía graciosísima, dijo que consistiendo su uniforme sólo en una casaca como la de cualquier particular, no tenía inconveniente en endosársela.

Pero en cambio, Santa Anna y los representantes

extranjeros se han cruzado docenas de notas preñadas de amenazas, que quizás traigan un rompimiento con todas las potencias extranjeras. La cuestión se llamará, seguramente, de la casaca, ó del baile, ó algo así. ¡Qué gracioso!

De revolución nada digo á usted porque todo lo ha de saber. Aquí lo único que se transpira es la importancia de ella; y aunque se ha dado en decir que murió Alvarez, que Villarreal sucumbió á consecuencia de sus heridas, que Moreno está fugitivo y Comonfort ausente, se sabe que Tavares tomó á Coyuca, que Villalva no sosiega un punto, que Díaz Salgado, á quien también se había muerto hace poco, atacó la vanguardia de Andrade y mató á un general; que Huerta tomó á Uruapan y Pueblita á Puruándiro; y lo que es gravísimo, que Morelia estuvo á punto de ser capturada por las fuerzas pronunciadas.

Sin embargo, el Gobierno se baña en agua de rosas, y con llamar ladrones, foragidos é infames á los rebeldes, con fingir triunfos y satisfacciones, vive contento al parecer. ¡Qué ceguera!

Tiempo hace que no recibo carta de usted. ¿Qué le pasa? Sé que las mías van á poder de persona segura, y eso me basta; pero deseo saber de usted y de la impresión que le hayan producido las nada agradables noticias que por empeño suyo tuve que darle.

Adiós, Juan; hasta que le vea triunfante en ésta.

ANARDA.

Del mismo á la misma.

San Francisco de las Californias, á 14 Octubre de 1854.

Muy alta y hermosa señora: ante todo, hablemos de mi pleito. No piense usted que me sorprende la noticia que me da en su carta, transmitida por mi amigo el poeta Gallardo. Todo me lo figuraba, si es que no lo sabía. En el actual estado de las cosas, los pobres tenemos que sufrir los abusos y las infamias de los ricos, sin derecho á replicar. Quizás no sea siempre así.

Me consuela, sin embargo, una consideración: la de que no me dejó Trini por seguir á ningún hombre, ni por amar á otro más hermoso, más rico ó más talentoso que yo; me dejó por el Señor, y ante Él nadie puede querer valer más.

Pero este amor me acompañará como un recuerdo grato y dulce, perfumará mi vida, será á manera de esos *sachets* impregnados de sutiles esencias que ustedes las damas guardan en sus armarios, y que llenan de vago é indefinible aroma todo cuanto en ellos conservan, y le impide pudrirse ó corromperse.

Ahora va de política. Tuvimos en el Sur tiempos muy malos. Comonfort agotó pronto todo cuanto tenía como provisión; día hubo que recorriera las casas de Acapulco solicitando de las señoras, sus conocidas, dinero para